

BRANDON O. MORRIS

# NACIÓN DE MARTE

HARD SCIENCE FICTION

PARTE 1



La NASA lo ha conseguido al fin. El primer humano acaba de pisar la superficie de nuestro planeta vecino. Este es el comienzo de una larga expedición de investigación que pretendía enviar a cuatro científicos al espacio.

Pero los cuatro astronautas de la tripulación de la NASA no son los únicos con este destino. La iniciativa privada «Marte para todos» también tiene como objetivo el Planeta Rojo. Veinte hombres y mujeres han sido seleccionados para vivir allí y establecer el primer asentamiento extraterrestre.

Surgen desafíos incluso antes de llegar a la órbita de Marte. La nave espacial de «Marte para todos», o MpT, llamada Santa María, resulta dañada durante el viaje. Solo los cuatro astronautas de la NASA pueden intervenir e intentar salvar sus vidas.

Nadie anticipa la inminente catástrofe que amenaza su misma existencia, por no hablar de los obstáculos diarios que una estancia prolongada en un planeta alienígena les puede presentar. En Marte, comienza la lucha por los recursos limitados, la cooperación humana, y la simple y llana supervivencia.

# Nación de Marte, Parte 1

---



## Sol 3, Base de la NASA

---

El sol flotaba sobre el horizonte en el cielo rosado. Lance lo miraba con ojos entrecerrados. Parecía mucho más pequeño desde aquí que desde la Tierra, pero su luz aún podía cegarle si se quedaba mirando fijamente. Tras varios minutos sexagesimales alrededor del sol, el cielo se tornó azul. La piloto Sharon, cuyos estudios también incluían nociones de meteorología, le había hablado de esto pero no la había creído. Tenía que pedirle disculpas, aunque los demás ya sabían que él era de los que necesitaban ver las cosas con sus propios ojos.

—¿Todo bien? —se escuchó la voz de Mike por la radio del casco.

—Sí, Comandante. Es muy romántico.

—Tienes cosas que hacer.

«Gracias, Mike», pensó. «Como si no lo supiera». Lance se lo tomó con calma de todos modos. Iba a dar su primer paso en el nuevo planeta que sería su hogar durante los próximos seis meses. Hasta ahora, todo lo que había hecho era viajar por la superficie de Marte desde el lugar de aterrizaje de la Endeavour hasta sus aposentos dentro de la cabina presurizada del Rover, a la cual se llegaba a través de un tubo presurizado.

Volvió a mirar al lejano sol con ojos entrecerrados. Desde allí parecía blanco, no amarillo como en la Tierra, lo que

explicaría por qué se sentía menos cálido. Por supuesto, eso no era culpa del color sino de la distancia.

—Necesitamos optimizar el proceso de desembarco —dijo—. Si nos lleva seis horas cada vez, nunca terminaremos el trabajo.

—No te preocupes —contestó Mike—. Incluso tras la puesta del sol seguirá habiendo luz durante un rato. El polvo en la atmósfera seguirá reflejando la luz solar incluso tras que el sol se oculte tras el horizonte.

—No me digas —se le escapó antes de que Lance pudiera evitarlo.

Los comentarios de sabelotodo del comandante siempre fastidiaban a Lance. Habían recibido información más que suficiente sobre cómo era un día en Marte durante su entrenamiento intensivo. Sin embargo, nunca valía la pena enfadarse. Tenía suerte de que Mike siempre fuera insensible a estos temas. Y había instantes en los que nadie excepto Mike tenía una respuesta a mano para cualquier cosa. No fue una sorpresa descubrir que el hombre había conseguido su título universitario de Física a los diecinueve años.

Lance apoyó sus manos contra el techo de su alojamiento y empujó hacia abajo. El noventa por ciento de la base estaba enterrado bajo la superficie marciana para proteger a sus residentes de la radiación. El techo estaba compuesto de los ahora innecesarios escudos térmicos que una vez pertenecieron a los robots exploradores, quienes habían construido la base antes de la llegada de los humanos. Una gruesa capa de tierra marciana se extendía sobre el metal. Lance terminó de forzar su torso a través de la escotilla. Sacó las piernas, se arrodilló en el techo, y finalmente se levantó. Respiraba con dificultad. Tras tantos meses de ingravidez, toda actividad parecía asombrosamente difícil. ¿Qué sentido tenía pedalear como un loco en la bicicleta estática todo el tiempo?

—Vale, estoy fuera —dijo Lance.

—Todo parece estar bien —contestó Mike—. Al menos por lo que puedo ver en la pantalla. ¡Pero mira tu ritmo cardíaco! De verdad que estás en baja forma, ¿eh?

—Cuidado, muchacho, o te demostraré mi estado de forma echándote un pulso más tarde.

Hablando con diplomacia, el físico de Mike era decepcionante. Fue todo un milagro que consiguiera superar el proceso de entrenamiento. Con toda probabilidad, su intelecto compensó todo lo demás, pero no tenía la menor oportunidad de vencer en un pulso con Lance. Lance dio un paso cauteloso desde la escotilla hacia la puesta de sol. Esperaba escuchar un sonido hueco al avanzar, pero el aire era probablemente demasiado fino y la sensibilidad del micrófono externo demasiado baja.

—Sabes que se supone que tienes que esperar, ¿verdad? —preguntó Mike.

Por supuesto que lo sabía. El compartimento estanco era tan estrecho que solo podía albergar a una persona con traje espacial cada vez. Una vez fuera, se suponía que siempre debían moverse en parejas, por lo que Sarah, su compañera para este paseo, saldría por la escotilla en un minuto o dos. Pero no hacía daño a nadie echando un vistazo, ¿verdad?

Se acercó al borde del tejado. Desde allí solo había unos veinte centímetros hasta la superficie de Marte. ¿Debería hacerlo? Aún tenía que sentir que estaba de verdad en el planeta. ¿Qué pasaría? El suelo parecía seco y estable. La zona que rodeaba la base había sido reforzada durante el proceso de construcción. Lance miró hacia atrás, al compartimento estanco, pero aún no podía ver a Sarah. Despacio, alargó la pierna derecha, se arrastró hacia delante, y la usó para bajar hacia el suelo. Con cuidado apoyó el pie, empezando por el talón, y soltó una carcajada. La situación apenas tenía gracia, por lo que el arrebató tuvo que ser una reacción exagerada del subconsciente. ¡Era la primera persona en poner un pie en Marte! Aunque no te-

nía ganas de celebrarlo, no podía parar de reír. Lance apoyó su peso sobre su pierna derecha antes de bajar la izquierda al suelo. Se quedó allí de pie y volvió a reír.

—¿Te encuentras bien? —preguntó Mike—. Supongo que, a pesar de nuestro acuerdo, no has esperado a Sarah. Tenemos suerte de ser los únicos aquí. ¿Qué les parecería a los peces gordos si supieran que desobedeciste una orden directa de tu comandante en cuanto al proceso de salida?

—Pero no es lo que he hecho, Mike, lo prometo —contestó.

—La Tierra pregunta cómo va todo con el traje —dijo Mike.

Llegados a ese momento, las primeras imágenes habían sido transmitidas a la Tierra. Eso significaba que habían pasado veinte minutos, suponiendo que la Tierra hubiera respondido de inmediato. Lance miró los brillantes números de su muñeca. Exacto. Sin embargo, eso también significaba que una doceava parte de su turno máximo de cuatro horas ya había pasado. Sarah llegaría en cualquier momento. Se suponía que la doctora de la misión le ayudaría a limpiar el polvo de la parte superior de la base para que todo se viera en perfecto estado para la transmisión de televisión. Centro de Control de Misión nunca dejaba nada al azar. La misión internacional había costado demasiado como para dejarla a merced de la crítica.

Lance bajó la mirada. El traje se le ceñía bien al cuerpo y le quedaba muy bien, aunque lo dijera él mismo. Pero eso no era definitivamente lo que el Centro de Control de Misión quería oír. Aunque... tal vez. En comparación con los modelos más antiguos, que se inflaban alrededor de los cuerpos de los astronautas, los nuevos trajes eran significativamente más fotogénicos. La única parte que aún estaba presurizada era el interior del casco, mientras que el material elástico del traje envolvía muy bien el cuerpo. Había notado lo ágil que se sentía cuando salió de la escotilla. Du-

rante el entrenamiento en la Tierra había llegado a conocer y odiar los viejos y rígidos trajes espaciales.

—Me gusta mucho. ¡Felicidades a los creadores! —dijo.

Luego tocó los números brillantes de su brazo, activando así la pantalla de proyección dentro de su casco. La Tierra pronto se vería bombardeada con datos, cuya extensión hacía que se sintiera mareado. Especificaciones de localización y dirección, temperatura, presión, dirección del viento, la composición de la piedra sobre la que se erguía. Demasiadas cosas sucedían dentro de los confines de un casco espacial. Volvió a darle un toquecito a su brazo, y los dígitos y flechas desaparecieron poco a poco. En realidad no necesitaba saber nada más aparte del punto cardinal hacia el que miraba en ese momento.

—El flujo de datos en mi pantalla es un poco exagerado —dijo.

—Oh, el traje está rastreando tu posición. No te preocupes —contestó Mike.

—¿Lance?

Se giró al oír la voz de Sarah. Su cabeza iba saliendo del agujero redondo del techo. No podía ver su rostro por el reflejo del sol poniente en su visor.

—¿Necesitas ayuda? —preguntó.

—No, gracias —le aseguró ella.

Hablaba inglés con un leve acento. Sarah procedía de Suiza. Nadie a bordo había logrado pronunciar correctamente su apellido aún. Jaeggli sonaba un poco como Jacqueline, pero cuando lo decía Sarah sonaba completamente diferente. A Lance le gustaba burlarse de ella porque no se parecía en nada a los estereotipos sobre su país. Tras todo, la gente siempre imaginaba que los suecos eran altos y rubios, pero ella era baja y morena. Ella le seguía recordando con calma que era de Suiza, no de Suecia, y que sabía que era difícil que un estadounidense conociera la diferencia.



Como precaución, volvió a subir al tejado. Todavía no sabían si Sarah se adaptaría bien al poco familiar tirón gravitacional.

—¿Estáis preparados? —preguntó Mike desde el interior.

—Eso parece —dijo Lance.

—Muy bien. Ya sabéis dónde están las herramientas.

Ya habían pasado por esto. Había una especie de caja en el lado norte del edificio. Lance permitió que Sarah guiara el camino. Sus músculos se tensaban ligeramente contra el material elástico del traje. «Sí, son definitivamente adecuados para la televisión». Se dio una sacudida mental. Lance había jurado no involucrarse con sus colegas femeninas. Su novia lo estaba esperando en casa. Si regresaba durante los próximos doce meses, querían intentar tener hijos. Antes de partir hacia Marte, él había dispuesto que se congelaran espermatozoides adicionales debido al daño potencial de la radiación.

—Abriendo la caja —dijo Sarah.

La suiza se agachó, mientras Lance observaba desde una distancia segura de unos tres metros. Abrió primero el pestillo izquierdo y luego el derecho, antes de levantar la tapa desde el centro.

—¡Oh! —exclamó mientras daba un salto hacia atrás.

—¿Qué pasa? —gritó Mike nervioso.

Lance recorrió la distancia que lo separaba de Sarah a grandes zancadas, pero no había nada que ver.

—¡Te pillé! —dijo ella con una carcajada—. ¿Qué pensabais? ¿Que había una araña en la caja?

Sarah tenía mucho sentido del humor; había que concederle ese mérito. Rebuscó dentro de la caja. Estaba llena de objetos cuyo propósito no era evidente a simple vista.

—Gracias, Sarah. Casi tuve que cambiarme los pantalones —dijo Mike por radio.

La doctora se rio mientras volvía a inclinarse sobre la caja. Parecía que sabía con exactitud lo que estaba haciendo,

aunque era más probable que solo estuviera siguiendo las instrucciones de la pantalla de su casco. Sarah sacó un tubo de un metro de largo.

—Toma. Sujeta esto —dijo, poniéndoselo a Lance en la mano. Luego volvió a buscar dentro, su mano rebuscando en el borde derecho de la caja. Sacó un tanque redondo.

—Aquí está —declaró—. Vale, devuélveme eso. —Lance le devolvió el tubo, y Sarah lo introdujo en un extremo del tanque. Luego le entregó el aparato que había montado—. Date la vuelta —instruyó, haciendo un pequeño movimiento circular con la mano. Obedeció, y ella hurgó en su mochila. Él pudo adivinar lo que estaba haciendo cuando le puso un cable en la mano—. El enchufe está a un lado del tanque.

Tras localizar la pequeña ranura, conectó el cable. La anticuada aspiradora estaba siendo alimentada por la mochila de soporte vital atada a sus hombros.

—Ponte en marcha —dijo Sarah—. Yo me encargaré de tomar las mediciones.

—Por supuesto —dijo mientras empezaba a aspirar el polvo del techo de la base.



—¿Qué tal un poco de luz? —preguntó Lance por radio.

La luz se apagaba más rápido de lo que habían anticipado. Esto se debía con toda probabilidad a la alta densidad de polvo en la atmósfera. Gracias a la baja gravedad y a la falta de lluvia, el polvo permanecía en el aire durante bastante tiempo tras un vendaval.

A modo de respuesta, varias tiras de luz parpadearon a lo largo de la línea del techo. El resultado era espeluznante. Un pasillo más pálido brillaba ahora alrededor de la base. A la luz del sol, el polvo no había sido tan visible como ahora. De hecho, se parecía a una neblina.

—¿Terminareis pronto? —preguntó Mike.

—Casi hemos terminado con la limpieza de primavera —contestó Lance.

Un cubo lleno de agua estaba a su lado. Acababa de terminar de limpiar los ojos de buey y solo tenía que ocuparse de una cosa más. Abrió la tapa del cubo y el vapor se arremolinó a su alrededor. En el aire enrarecido, con solo una milésima parte de la densidad del aire en la Tierra, el agua caliente del cubo se evaporaba con mucha rapidez. De ahí que usaran una tapa. Sumergió su esponja y tuvo que apresurarse o arriesgarse a perder la humedad. Esta se desvanecía con tanta rapidez como el alcohol en la Tierra. Al menos no necesitaba secar el cristal.

¿Dónde estaba Sarah?

—¿Sarah? —llamó.

La doctora no respondió.

—¿Puedes verla en tu pantalla?

—Sí, Lance. Está a unos doscientos metros al sur de tu posición.

Se dio la vuelta y miró en la dirección especificada, pero no veía a nadie. La luz, sin embargo, solo alcanzaba unos cincuenta metros desde ese punto.

—¿Sarah?

Nada. ¿Debería preocuparse?

—¿Puedes ver sus lecturas?

—Sí, pero según las leyes de privacidad, no puedo...

—Mike, no seas estúpido —dijo Lance con impaciencia.

—Vale. Le va bien. Su ritmo cardíaco está un poco elevado, pero aparte de eso, todo va bien.

—¿No te preocupa nada?

—Si hubiera pasado algo, lo habríamos visto.

—Hmm —dijo Lance—. Voy a comprobarlo de todos modos.

Tras depositar la esponja sobre la tapa del cubo, se incorporó.

Luego buscó la posición de Sarah en la pantalla de su casco. Tras caminar veinte metros, la oscuridad era tal que solo podía ver un vago contorno de sus pies.

Intentó contactar con ella de nuevo.

—¿Sarah? ¿Estás ahí?

Qué pregunta tan tonta. Los instrumentos daban una lectura clara. Lance estaba cada vez más preocupado. ¿Cómo podía haberse perdido su colega allí fuera? Incluso si los hubiera sorprendido una tormenta de polvo, nunca habrían estado en peligro real gracias a la fina atmósfera.

¿Tenía miedo de los marcianos verdes? La pantalla de Lance le dijo que debería haber llegado hasta Sarah. Una voluminosa sombra negra se materializó justo delante de él. Se sobresaltó, pero tardó solo un momento en darse cuenta de que era una roca. Realmente estaba viendo fantasmas. Rodeó la roca y casi tropezó con algo blando. Era la pierna de Sarah. Ella la retiró y se puso en pie de un salto, aunque aún no dijo nada. Sin embargo, parecía tan sorprendida como él.

—Apagué mi radio —dijo sin aliento—. ¿Qué pasa? ¿Por qué estás aquí?

—Te estaba buscando.

—¿Por qué? La base tiene mis signos vitales. ¿O sufrí un ataque al corazón sin darme cuenta?

—No, solo pensé... ah, olvídale.

—Estabas preocupado por mí. Qué tierno —dijo la doctora—. Solo quería estar a solas un minuto. Acabamos de pasar siete meses compartiendo los mismos cuarenta metros cúbicos y estuvimos juntos mucho tiempo durante nuestro entrenamiento. Lo necesitaba.

—Entendido. No quise molestarte.

—La próxima vez te avisaré.

—Hola, tortolitos —interrumpió Mike desde la base.

«¡Ja! Tortolitos, y una mierda», pensó Lance. Sarah era trece años mayor que él. De ninguna manera iba a interesarse en un crío como él.

—¿Qué pasa? —le preguntó ella a Mike.

—Deberíais volver a la base.

—¿Por qué? ¿No llevamos todavía una hora? Sienta de maravilla estar aquí fuera.

«Está exagerando un poco», pensó Lance. En ese momento, el calentador de su traje se encendió. La temperatura de la superficie había bajado a treinta grados bajo cero.

—Necesito que volváis.

—¿Se ha pospuesto la ceremonia de televisión? —preguntó Lance. Uno de los presidentes de las naciones patrocinadoras de la misión probablemente había llamado en el último minuto con un deseo especial o algo así.

—No, hay un problema. Ha llegado una señal de socorro —contestó Mike.

—¿Qué tiene que ver eso con nosotros?

—Mucho, Lance. Está cerca.

—Los locos.

—Bingo.



## 23 de mayo de 2042, Nave MpT Santa María

---

—¡Enciéndelo!

Henrik gritó tan fuerte que Ewa se tapó los oídos mientras golpeaba con sus puños la consola plateada que tenía delante. Esta era la segunda vez que el piloto perdía los estribos. Ewa sacudió la cabeza con desaprobación, pero no dijo nada. Algo así no sucedía normalmente. Sin embargo, no había nada típico en ese vuelo, el cual había estado maldito desde el principio. Era comprensible que a algunos les quedara poca paciencia, en especial porque solo tenían tres o cuatro días para reparar el motor. Si fracasaban, no alcanzarían su órbita alrededor de Marte y tendrían que hacer otra vuelta completa alrededor del sol.

—Cálmate —dijo Chuck. El británico, un expiloto de bombarderos, era su comandante.

Él se detuvo junto a Henrik y apoyó un brazo sobre sus hombros. A Ewa le pareció una imagen extraña, conociendo a los dos como lo hacía desde el proceso de selección en el que habían competido contra cientos de candidatos de todo el mundo. Henrik, el delgado e intelectual holandés, había guiado a su grupo a través de muchas pruebas con su comportamiento tranquilo y pensativo. Por otro lado, Chuck siempre se había adelantado, intentando resol-

ver los problemas de una manera práctica y fracasando por el camino. Pero ahora él era quien mantenía a la tripulación unida. ¡Era increíble lo mucho que te podías equivocar con la gente! Si hubiera dependido de su grupo, Chuck no habría sido nombrado comandante. Sin embargo, un equipo voluntario de psicólogos había tomado la decisión. Esto estaba en consonancia con el resto de aspectos del viaje, que también estaban siendo controlados por voluntarios.

Y eso estaba demostrando ser cada vez más problemático.

—¡Este maldito motor! ¿Quién nos estafó para que lo compráramos? —exigió Henrik mientras giraba su asiento para encararse con Chuck.

Por el raballo del ojo, Ewa se dio cuenta de que Piotr se había levantado. Fue el tercer tripulante asignado a este turno en el módulo de mando. Piotr provenía de una influyente familia rusa, y había adquirido el motor para el proyecto Marte para Todos a través de sus contactos. Se suponía que ese motor tenía que llevarlos a la órbita de Marte y, al final, llevarlos a la superficie.

—Lo resolveremos —dijo Chuck.

Ewa notó que le lanzaba una mirada dura a Piotr. «Déjalo», dijeron sus ojos, pero el ruso no era un hombre que pudiera dejar las cosas como estaban si sentía que estaba siendo maltratado.

Piotr se acercó.

—El motor es sólido como una roca —dijo en voz baja—. El modelo fue probado durante muchos años, y lo obtuvimos por una miseria. No podíamos permitirnos ni de lejos cualquiera de los motores que nos ofrecían los fabricantes privados. Ni siquiera estarías sentado aquí si mi tío no hubiera conocido a alguien que...

—Tal vez sería mejor que yo no estuviera sentado aquí —respondió Henrik enfadado.

—¿Quieres volver con tu mami? —preguntó Piotr—. ¿Al pequeño Henrik le gustaría que lo sacaran de la piscina de